



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo LVII. Que trata de como don Quijote se despidió del duque, y de lo que sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO LVII.

Que trata de como don Quijote se despidió del duque , y de lo que sucedió con la discreta y desvuelta Altisidora , doncella de la duquesa.



Ya le pareció á don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian , y parecia que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento (1); y así pidió un dia jicencia á los duques para partirse. Diéronselas con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza , el cual lloró con ellas, y dijo ¿quién pensara que esperanzas tan grandes como las que

en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la duquesa, que á no habérselas enviado , quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestran agradecidos. En efecto yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, á la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomó del duque, el que fue la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del ca-

(1) Procedia don Quijote segun el instituto aventurero; porque los caballeros andantes sentian notablemente el tiempo que perdian ociosos sin buscar aventuras. — P.



mino, y esto aun no lo sabia don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:—

Escucha, mal caballero,  
 Deten un poco las riendas,  
 No fatigues las hijadas  
 De tu mal regida bestia.  
 Mira, falso, que no huyes  
 De alguna serpiente fiera,  
 Sino de una corderilla,  
 Que está muy lejos de oveja.  
 Tú has burlado monstruo horrendo,  
 La mas hermosa doncella  
 Que Diana vió en sus montes,  
 Que Venus miró en sus selvas.  
 Cruel Bireno (1), fugitivo Eneas,  
 Barrabas te acompañe, allá te avengas

Tú llevas ¡llevar impio!  
 En las garras de tus cerrras (2),  
 Las entrañas de una humilde,  
 Como enamorada tierna.  
 Llévaste tres tocadores  
 Y unas ligas de unas piérganas,  
 Que al mármol puro se igualan  
 En lisas, blancas y negras.  
 Llévaste dos mil suspiros,  
 Que á ser de fuego, pudieran  
 Abrasar á dos mil Troyas,  
 Si dos mil Troyas hubiera.  
 Cruel Bireno, fugitivo Eneas,  
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero  
 Las entrañas sean tan tercas  
 Y tan duras, que no salga  
 De su encanto Dulcinea.  
 De la culpa que tú tienes,  
 Lleve la triste la pena:  
 Que justos por pecadores  
 Tal vez pagan en mi tierra.  
 Tus mas finas aventuras  
 En desventuras se vuelvan,  
 En sueños tus pasatiempos,

(1) Bireno duque de Zelandia, abandonó en una isla desierta á Olimpia, hija del conde de Holanda.

*Ma i venti che portavano le vele  
 Per l'alto mar di quel giovine infido,  
 Portavano anco i priegehi le querele  
 Dell' infelice Olimpia, e 'l pianto e 'l grido.*

(Ariost. cant. x). — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Voz de la germania *manos*.



En olvidos tus firmezas.  
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,  
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso  
Desde Sevilla á Marchena,  
Desde Granada hasta Loja,  
De Lóndres á Ingalaterra.

Si jugares al Reinado,  
Los Cientos, ó la Primera (1),  
Los reyes huyan de tí,  
Ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,  
Sangre las heridas viertan:  
Y quédente los raigones,  
Si te sacares las muelas,  
Cruel Bireno, fugitivo Eneas,  
Barrabas te acompañe, allá te avengas.



En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad; dime ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevo; pero las ligas,

(1) El Reinado, los Cientos y la Primera, son tres juegos de naipes que se usaban en tiempo de Cervantes. — Arr.



como por los cerros de Ubeda. Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas, y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El duque quiso reforzar el donaire, y dijo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son del mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no, yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

No quiera Dios, respondió don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisieré mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamas he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de que pedirle perdón, ni á ella, ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la duquesa, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorias, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, oh valeroso don Quijote, dijo entonces Altisidora; y es, que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas: y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza don Quijote, é hizo reverencia á los duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.



El tanto que se le...  
 esta...  
 de...  
 ver...  
 h...  
 h...

(1) El...  
 ...